

En busca de Cabeza de Vaca

W. GEORGE LOVELL*

Rolena Adorno y Patrick Charles Pautz, *Alvar Núñez Cabeza de Vaca: His Account, His Life, and the Expedition of Pánfilo de Narváez*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1999. 3 tomos (Tomo 1: xxxv + 413 págs.; Tomo 2: xxxvii + 428 págs.; Tomo 3: xxi + 476 págs). Figuras, mapas, cuadros, bibliografía e índice. US\$ 275.00 (en tela), ISBN 0-8032-1454-5.

La historia de lo que sucedió a Alvar Núñez Cabeza de Vaca, incluso según los estándares épicos de algunas de las experiencias que vivieron los conquistadores españoles en el siglo XVI, es simplemente extraordinaria. Entre junio de 1527 y agosto de 1537, un período de diez años y dos meses que abarca su primera travesía a, y de las Indias, la vida de Cabeza de Vaca estuvo marcada por una serie de acontecimientos que él mismo escribió y publicó en 1542 en “la magnífica, noble y muy antigua ciudad de Zamora”, en el norte de España (I, pág. 279). Esta edición, y no la que Cabeza de Vaca publicó trece años más tarde en Valladolid, es la que Rolena Adorno y Patrick Charles Pautz eligieron como piedra angular textual, porque, según creen, “el carácter pragmático de la obra de 1542 muestra que su autor trabajaba bajo la presión de asegurar su precaria carrera de Indias en su punto medio, en lugar de tratar de consolidar sus resultados en sus postrimerías” (I, pág. xx). ¿Qué fue lo que Cabeza de Vaca se sintió obligado a narrar? ¿Por qué la urgencia? Dicho de manera simple, Cabeza de Vaca había vivido para contar una historia de conquista frustrada y, al proporcionar una relación de la misma, esperaba convencer al Rey Carlos V —su “Sacra, Cesárea, Católica Magestad” (I, pág. 17)— para que le diera una segunda oportunidad. La petición recibió la aprobación real y de 1540 a 1545, si no siempre en la práctica, al menos en teoría Cabeza de Vaca fue gobernador del Río de la Plata. Aunque su destino sudamericano también estuvo cargado de mucho drama, su permanencia en Norteamérica es la que ha intrigado a generaciones de estudiosos y es aquí donde Adorno y Pautz concentran su atención.

* W. George Lovell (escocés) es profesor de geografía en la Queen's University, Canadá y coeditor de *Mesoamérica*. Una nueva edición de su libro con Noble David Cook, “*Secret Judgments of God*”: *Old World Disease in Colonial Spanish America*, fue recientemente publicada por la University of Oklahoma Press. Traducción de Eddy Gaytán.

Los incidentes claves, que Adorno y Pautz temporalizan sucintamente en el Cuadro 4 (II, pág. xvi) y luego analizan detalladamente en nueve episodios discretos, comienza con la salida de Cabeza de Vaca de España como tesorero de la expedición dirigida por Pánfilo de Narváez para conquistar a la Florida. Como construcción territorial española, a finales de la década de 1520, la Florida denotaba no simplemente la península o el estado actual del mismo nombre, sino que abarcaba, de costa a costa, “las vastas tierras inexploradas que quedaban más allá de la frontera norte de la Nueva España” (I, pág. 23, nota 2). Después de invernar en Cuba, en la primavera de 1528 la expedición de Narváez se hizo a la mar, o así lo creyeron, en dirección oeste, atravesando el Golfo de México hacia el Río Pánuco, al norte de Veracruz. El mal tiempo y la falta de pericia en la navegación hicieron que Narváez y sus hombres llegaran, el 14 de abril, “en la boca de una bahía” desde donde podían ver “ciertas casas y habitaciones de indios” (I, pág. 32). La bahía en cuestión muy probablemente era la Bahía de Tampa, en la costa oeste de la península de la Florida, no la boca del Río Pánuco en la costa este de México. Ignorando evidentemente dónde estaban en realidad, Narváez decidió, en contra de la opinión más sensata de Cabeza de Vaca, emprender la travesía por tierra, lo cual resultó desastroso y fatal por dos razones: (1) las riquezas que Narváez imaginaba que lo estaban esperando en Apalache, que en su mente engañada y la de los otros serían como las encontradas en Tenochtitlán, resultaron ser en extremo ilusorias; y (2) los expedicionarios terrestres no pudieron restablecer contacto con las naves que, bajo órdenes predispuestas, navegaron costa arriba para encontrarse con ellos.

Totalmente perdidos durante unos cinco meses, plagados por el hambre y el disenso, su número reducido por la enfermedad, la tensión y los nativos hostiles, Narváez y sus hombres construyeron balsas improvisadas y navegaron a lo largo del litoral del Golfo en un intento desesperado por encontrarse con sus paisanos en Pánuco. Pero el desastre los perseguía, pues sus balsas se separaron y quedaron expuestas a la furia de los elementos; la que llevaba a Cabeza de Vaca fue a dar en lo que ahora es la Isla de Galveston en Texas. El cronista narra sus tribulaciones de la siguiente manera (I, págs. 96–98):

Y assí embarcados a dos tiros de ballesta dentro en la mar, nos dio tal golpe de agua que nos mojó a todos, y como íbamos desnudos y el frío que hazía era muy grande, soltamos los remos de las manos. Y a otro golpe que la mar nos dio, trastornó la barca. El veedor [Alonso de Solís] y otros dos se asieron della para escaparse, mas suçedió muy al revés, que la barca los tomó debaxo y se ahogaron. Como la costa es muy brava, el mar de un tumbo echó a todos los otros enbultos en las olas y medio ahogados en la costa de la misma isla sin que faltasen más de los tres que la barca avía tomado debaxo. Los que quedamos escapados [estábamos] desnudos como nascimos y [habíamos] perdido todo lo que traíamos. E como entonçes era por noviembre y el frío muy grande y noso-

tros tales que con poca dificultad nos podían contar los huessos, estábamos hechos propia figura de la muerte.

Lo que sucedió después (I, págs. 99–103) fue una especie de epifanía:

Los indios, de ver el desastre que nos avía venido... se sentaron entre nosotros. Y con el gran dolor y lástima que huvieron de vernos en tanta fortuna, començaron todos a llorar rezio y tan de verdad que lexos de allí se podía oír... Sosegado ya algo este llanto... yo [rogué] a aquellos indios que nos llevassen a sus casas... Y luego treinta dellos se cargaron de leña y se fueron a sus casas que estaban lexos de allí. Y quedamos con los otros hasta cerca de la noche que nos tomaron, y llevándonos asidos y con mucha priessa, fuimos a sus casas. Y por el gran frío que hazía... proveyeron que oviesse quatro o cinco fuegos muy grandes puestos a trechos, y en cada uno dellos nos escalentavan; y desque vían que avíamos tomado alguna fuerça y calor, nos llevavan hasta el otro... Y desta manera fuimos hasta sus casas donde hallamos que tenían hecha una casa para nosotros y muchos fuegos en ella. Y desde a una ora que avíamos llegado, començaron a bailar y hazer grande fiesta que duró todas la noche, aunque para nosotros no aviendo fiesta ni sueño, esperando cuándo nos avían de sacrificar. Y a la mañana nos tornaron a dar pescado y raíces, y a hazer tan buen tratamiento que nos aseguramos algo, y perdimos algo de miedo del sacrificio.

Aquello fue el comienzo de una relación curiosa. Viviendo entre los indígenas de Texas durante los siguientes seis años y medio, Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo, Andrés Dorantes de Carranza y un esclavo negro hablante de árabe, llamado Estevanico, se convirtieron en los únicos sobrevivientes del contingente terrestre de Narváez, compuesto de 300 hombres y los otros 240 aproximadamente que habían piloteado las balsas. Adaptando sus costumbres europeas a costumbres nativas más apropiadas para hacer frente a su difícil situación, Cabeza de Vaca llegó a conocer a sus anfitriones indígenas y a respetarlos de una manera raras veces manifestada por uno que vino a conquistar, no a ser esclavizado él mismo. Las negociaciones para su liberación del cautiverio se dieron en gran parte por las aparentes habilidades curativas de Cabeza de Vaca, que las comunidades nativas entre las que viajó valoraban enormemente. Nos informa que (I, pág. 165):

Nosotros estuvimos con aquellos indios Avavares ocho meses. En todo este tiempo nos venían de muchas partes a buscar. Dorantes y el negro [Estevanico] hasta allí no avían curado, mas por la mucha importunidad que teníamos, [los indios] veniéndonos de muchas partes a buscar, venimos todos a ser médicos, aunque en atrevimiento y osar acometer qualquier cura era yo más señalado entrellos. Y ninguno jamás curamos que no nos dixesse que quedava sano, y

tanta confianza tenían que avían de sanar si nosotros los curássemos, que creían que en tanto que nosotros allí estuviésemos ninguno dellos avía de morir.

A pesar de la adaptación y la comprensión mutuas, durante toda su prolongada estancia en Texas, Cabeza de Vaca nunca abandonó la idea de algún día escapar de sus custodios y alcanzar a sus compatriotas en México. Al final, él y Castillo, Dorantes y Estevanico lograron esto después de un viaje de un año durante el cual dejaron la costa de Texas para atravesar una ruta interior norte cuarta noroeste y luego sur cuarta suroeste, una larguísima trayectoria que los llevó hasta los asentamientos fronterizos españoles en la región del Pacífico, cerca de Culiacán, en el hoy estado mexicano de Sinaloa. Fue, y sigue siendo, una hazaña de asombrosa resistencia humana, aunque el regocijo de reunirse con cristianos fue efímero. Cabeza de Vaca dijo lo siguiente acerca de la situación (I, págs. 249–250), cuando finalmente se reunió con los suyos:

Passamos muchas cosas y grandes pendencias con [los cristianos], porque nos querían hazer los indios que traíamos esclavos... Vímonos con los indios en mucho trabajo porque se bolviessen a sus casas y se assegurassen y sembrassen su maíz. Ellos no querían sino ir con nosotros hasta dexarnos, como acostumbra van, con otros indios, porque si se bolviessen sin hazer esto, temían que se morirían, que para ir con nosotros no temían a los cristianos ni a sus lanças. A los cristianos les pesava desto, y hazían que su lengua les dixesse que nosotros éramos de ellos mismos y nos avíamos perdido muchos tiempos avía, y que éramos gente de poca suerte y valor, y que ellos eran los señores de la tierra a quien avían de obedesçer y servir. Mas todo esto los indios tenían en muy poco o no nada de lo que les dezían. Antes unos con otros entre sí placticavan, diziendo que los cristianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el sol y ellos de donde se pone, y que nosotros sanávamos los enfermos y ellos mataban los que estaban sanos, y que nosotros veníamos desnudos y descalços y ellos vestidos y en cavallos y con lanças, y que nosotros no teníamos codiçia de ninguna cosa antes todo quanto nos davan tornávamos luego a dar y con nada nos quedávamos y los otros no tenían otro fin sino robar todo quanto hallavan y nunca davan nada a nadie... Finalmente nunca se pudo acabar con los indios creer que éramos de los otros cristianos, y con mucho trabajo e importunaçión los hezimos volver a sus casas y les mandamos que se asegurassen y assentassen sus pueblos y sembrassen y labrassen la tierra...

Esto sucedió en mayo de 1536. El largo viaje había terminado. Sin embargo, la difícil cuestión de hablar de ello solamente había comenzado.

Si, desde su primera aparición en 1542, lo fundamental de la historia se conoce razonablemente bien, ¿por qué necesitamos para su disección minuciosa una edición elaborada y costosa de tres tomos? Precisamente porque, a pesar del

hecho de que por lo menos “cuarenta y cuatro ediciones de la obra han aparecido sólo desde 1922” (I, pág. xv), abundan los problemas en la representación, la interpretación y la recepción de los “grandes temas” que trata Cabeza de Vaca, identificados por Adorno y Pautz como “búsqueda y aventura, libertad y cautiverio, imperio y colonialismo, milagros y shamanismo” (I, pág. xvi).

La mayor parte del tomo I está dedicada a transcribir el texto original de 1542 de Cabeza de Vaca y traducirlo al inglés, la primera traducción de este tipo desde el esfuerzo pionero de Fanny Bandelier en 1905.¹ Adorno y Pautz dotan a Cabeza de Vaca de una presencia dominante. En el principio lo oímos hacer una petición al rey, sabiendo que su misiva está muy lejos de ser la norma: “Supplico la resçiba en nombre de servicio, pues éste solo es el que un hombre que salió desnudo pudo sacar consigo” (I, pág. 20). Quienquiera que haya intentado leer en español la prosa a menudo matizada y elíptica de Cabeza de Vaca, y para quien el inglés es una lengua madre más manejable, estará en deuda con Adorno y Pautz por su hábil traducción. Además, a quienes leen la obra por primera vez les espera una agradable sorpresa narrativa, por no decir nada de las sorprendentes revelaciones sobre la naturaleza del carácter humano, su vanidad, su tenacidad, su potencial para el cambio y la transformación.

El tomo I está rematado con un extraordinario análisis biográfico, en el que Adorno y Pautz construyen un cuadro de los antecedentes familiares de Cabeza de Vaca, con sus orígenes en un linaje venerable de Jerez de la Frontera en Andalucía. Anclar a Cabeza de Vaca en el nexo de su estima por sus ancestros y sus relaciones es una empresa vital, ya que permite a Adorno y Pautz impugnar lo que consideran un “retrato erróneo” suyo como una “figura trágica y romántica”, que para ellos es en gran parte una invención de las sensibilidades del siglo XX. En lugar de eso, Adorno y Pautz luchan por descubrir lo que movía a Cabeza de Vaca, centrándose en “los factores incalculables de honor y prestigio” que, aunque “difíciles de medir” es “imposible ignorarlos”. Examinar su linaje y comprender el inmenso orgullo que Cabeza de Vaca derivaba de pertenecer a una familia ilustre, afirman Adorno y Pautz, significa enfrentarse al “mundo irrecuperable de los valores españoles del siglo XVI y la virtud ancestral a la que rendía homenaje el caballero castellano”. Para Adorno y Pautz, Cabeza de Vaca “honraba esos valores precisamente porque eran la mejor garantía contra las vicisitudes del destino” (I, pág. 413).

Del mismo modo, Adorno y Pautz refutan la imagen de Cabeza de Vaca ofrecida por Morris Bishop en su biografía de 1933, según la cual aquél murió “en la obscuridad, la vergüenza y la convicción de haber fracasado”.² Adorno y

¹ Fanny Bandelier, traductora, *The Journey of Alvar Nuñez Cabeza de Vaca and His Companions from Florida to the Pacific, 1528–1536*. Editado por y con introducción de Adolph F. Bandelier (New York: A. S. Barnes, 1905).

² Morris Bishop, *The Odyssey of Cabeza de Vaca* (New York: Century Co., 1933), pág. 290.

Pautz argumentan que, al contrario, después de su regreso de más calamidad en el Río de la Plata, no sólo “el rey y la corte liberaron a Cabeza de Vaca de la derrota a manos de sus enemigos” (I, pág. 406), sino que también disfrutó, como hombre de estatus y fortuna, de “la fraternidad de la vida en la corte” (I, pág. 406). Con garantías de que su reputación personal y el honor familiar no podrían ser mancillados por las mentiras y calumnias de sus adversarios, los últimos años de Cabeza de Vaca no fueron los años amargos, desilusionados y llenos de arrepentimiento que pintan Bishop y otros.

El tomo II representa el mejor trabajo erudito de Adorno y Pautz, pues ofrece una lectura fina del texto plagado de problemas de Cabeza de Vaca, el cual es un modelo de investigación crítica. Consideran que su objetivo es proporcionar a los lectores “los fundamentos de un análisis que facilitará (pero no moldeará) la construcción de sus propias interpretaciones” (II, pág. xxii). Se oponen a “las afirmaciones frecuentemente repetidas”, y expresadas mayormente por investigadores “provenientes de los campos de estudios literarios y culturales”, de que “el relato de Cabeza de Vaca tenía poco que ver con cualquier intento de representar una realidad experimentada”. En lugar de eso, Adorno y Pautz arguyen que Cabeza de Vaca “se esforzó muchísimo por representar lo mejor que podía el mundo americano que experimentó” (II, pág. xv). Aunque ciertamente no están dispuestos a considerar “transparente” su relato, lo exploran para encontrar “lo que nos dice acerca de la interpretación que Cabeza de Vaca hizo de su experiencia de ese mundo” (II, pág. xvii). Examinan minuciosamente sus palabras con perspicaz cautela, precavidos y alertas en todo momento. En una coyuntura aconsejan a los lectores que consideren que los mapas que construyen para ilustrar las peregrinaciones zigzagueantes de Cabeza de Vaca son “conjeturas inciertas” (II, pág. xviii). Evitan asimismo enredarse en las indagaciones geográficas que caracterizan a gran parte de la literatura, especialmente la cuestión de tratar de determinar la ruta tomada en la travesía desde la Costa del Golfo de Texas hasta el Golfo de California.

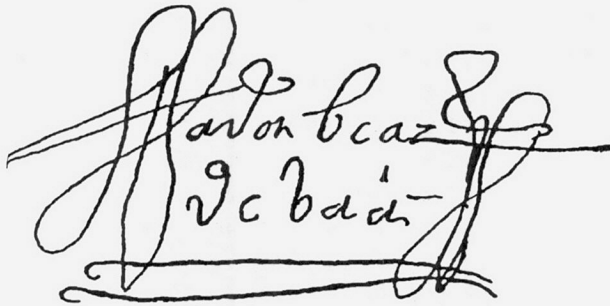
El tomo III es una hazaña historiográfica, así como una síntesis informativa y útil. Tres capítulos examinan la historia textual del relato de Cabeza de Vaca. Adorno y Pautz atribuyen a Gonzalo Fernández de Oviedo el papel decisivo de haber consultado y registrado lo que decía el ahora perdido “Informe Conjunto”, un documento compuesto por tres de los supervivientes, incluyendo a Cabeza de Vaca, en la ciudad de México en 1536.³ Otros tres capítulos contextualizan, a su vez, (1) la exploración española en, y alrededor del Golfo de México, parte del “Mar del Norte”; (2) la exploración española en el Pacífico o “Mar del Sur”; y (3) la exploración española del noroeste de México, especialmente la

³ Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano* [1525–1548], 4 tomos (Madrid: Real Academia de la Historia, 1851–1855). En Libro 35, los capítulos 1–6 están relacionados con el “Informe Conjunto”.

mente la brutal conquista de Nueva Galicia por Nuño de Guzmán, con quien Cabeza de Vaca se topó en su regreso a la cristiandad. Todo el tejido de su vida, insisten Adorno y Pautz, está vinculado a una dinámica compleja de tiempo, espacio y circunstancia histórica.

Sin embargo, como subraya Haniel Long en su versión “interlineal” del asunto, sólo trascendiendo las cadenas del tiempo, el lugar y la circunstancia histórica podía Cabeza de Vaca hacer lo que tenía que hacer para sobrevivir.⁴ Para Long, la “maravillosa aventura” en la que se encontró Cabeza de Vaca le enseñó las virtudes de la empatía y lo animó a pensar que la humanidad, a pesar de la abundante evidencia que le decía lo contrario, era valiosa en todas sus apariencias. Si ha habido alguna era que tenga algo que aprender de la experiencia de Cabeza de Vaca, ésa es seguramente la nuestra.

Cualquier biblioteca universitaria debe considerar una adquisición obligatoria de este conjunto magníficamente producido, aun si los recursos son escasos. Los estudiosos de Hispanoamérica imperial y colonialismo comparativo sin duda alguna se mostrarán indecisos por el precio de compra, pero yo los insto a buscarse en los bolsillos de todas maneras. No quedarán decepcionados. Hay que felicitar a la University of Nebraska Press por encargarse de lo que aparentemente era un proyecto exigente desde el punto de vista editorial. Y al parecer también hay que felicitar al Ministerio de Educación y Cultura de España. En cuanto al arduo trabajo que todo representa para Adorno y Pautz, es de esperar que un premio distinguido o, por lo menos, una nominación prestigiosa evoque sus nombres por una tarea colosal realizada de principio a fin con talento, responsabilidad y erudición deslumbrante.



Firma de Alvar Núñez Cabeza de Vaca

Fuente: Adorno y Pautz, *Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, II, pág. 401.

⁴ Haniel Long, *The Marvellous Adventure of Cabeza de Vaca* (London: Picador Classics, 1987 [1939]).